

gran París, asemejábase al estruendo de cercana tormentosa nube que truena por los bajos del aire terrestre, mientras por los altos del espacio inmenso todo calla. El reo y su confesor, con los dos gendarmes que les acompañaban, iban en la berlina embudidos, y con tal incomodidad y estrechez materiales que apenas podían respirar. Pero lo peor estaba en el aspecto moral de tan terrible caso. Con tales testigos de vista, como aquellos dos hombres en armas, penitente y confesor no podían hablarse y se conformaban al silencio forzoso. Luis no hacía más que convertir sus miradas al confesor cada minuto y hablarle calladamente con ojos de cordero pascual moribundo. Firmont no hacía más que llorar la suerte de su regio penitente, reprimiendo unas veces sus lágrimas, mientras otras veces las dejaba correr sin tregua y sin tasa. El breviario sirvió de refugio á la esperanza y de consuelo al dolor, Luis, observando las indicaciones del sacerdote, leía los pasajes más conformes con su estado trágico y su irremediable situación. Entre todas las lecturas posibles no hay otra tan propia para el consuelo de las penas humanas como los pasajes de un breviario relativos á las agonías de los moribundos y á su paso de este orbe nuestro, rodeado de serpientes engañosas, á otra esfera superior, rodeada de verdades eternas. Por tamaños pasajes sabemos que salir de la vida ésta es como salir del infierno; que acercarse á la otra vida es como acercarse á la esperanza. Meditando sobre la nada de lo que dejamos en este mundo al dejarnos lo real verdaderamente oscuro, deducimos lo que podemos prometernos de un ideal siempre claro; y, así, la muerte se nos aparece como un premio y no como un castigo. Nada tan fácil al ahogarnos en las lagunas bituminosas del tiempo que aguardar una entrada triunfal en el éter de un eterno Empireo. Nuestros males puestos al pie de una creencia piadosa se tornan bienes, á manera que los estiércoles amontonados al pie de un árbol y absorbidos por sus raíces se tornan aromas embriagadores y mieles dulcísimas. Los salmos relativos á la muerte y á la inmortalidad, que nuestros libros santos contienen, se parecen unas veces á sauces llorones cubriendo las tumbas, y otras veces al sublime ciprés levantando sus piramidales ramas á lo infinito. Mientras unas de sus frases evaporan el alma en el cielo, traen otras frases el rocío celeste de sus esperanzas á nuestra sed infinita por la verdad absoluta, que no consienta la sinrazón y por el amor inacabable que no tema un desengaño. Los cementerios más desolados, los esqueletos más podridos, los sepulcros más abandonados se animan al dogma de la resurrección, que convertirá los gusanos devoradores de nuestras carnes dentro del pudridero universal formado por la muerte, en ángeles, portadores sobre sus aleteos y sobre sus vuelos de nuestras almas purificadas y apercebidas para penetrar en la bienaventuranza. El mal no merecido, que nos castiga injustamente, parece un enigmático jeroglífico mirado desde las riberas terrestres; y parece un astro luminoso mirado desde las riberas eternas, donde no hay tiempo, y, como no hay tiempo no hay muerte. Así el *Miserere* de la desesperación levantado como un sollozo por todas las cosas creadas, al mal sujetas, se

torna *Te-Deum* de celestes loas cuando las cosas criadas saben que hay bienaventuranza y que el sepulcro se reduce á un surco donde tal esperanza está sembrada, como el surco abierto por el arado en las sinuosidades del campo guarda bajo los hielos invernales aquellas espigas con que habéis un día de amasar el pan indispensable á vuestro sustento. Luis leía estas y otras verdades en los libros santos, cuando le interrumpe la lectura un movimiento de la muchedumbre por él sentido á su llegada cerca de la puerta de San Martín, y por él adivinado en la exaltación de su esperanza, más fuerte según y conforme se iba el cuitado aproximando á la muerte. Con efecto, no se había engañado su fe ciega. En aquel sitio algunos jóvenes pidieron socorro y gritaron libertad para socorrer y libertad al Rey. Pero la emoción producida por tal temeridad no perturbó en lo más mínimo el orden general, ni detuvo por unos instantes el fúnebre cortejo. Aquella berlina llevando un reo al suplicio recordaba el coche fúnebre que lleva un muerto al cementerio. El revuelo formado por los inmediatos efectos de la tentativa fué tan rápido, que nada oyera ni viera el Rey, á quien intentaba salvar. Más vale así. De ver, viera unos temerarios no seguidos por ningún alma viviente; viera que debieron huir al ver lo inútil de su inverosímil temeridad; viera que no acababan de lanzar el grito cuando los alcanzara la cólera de tanto esbirro, azuzado contra cualquier intento perturbador de la fúnebre y terrible procesión; viera dos caballeros perseguidos, acosados por jinetes numerosos y lanzas viperinas que los alcanzaban, y, después de acabar con ellos, les cercenaban los miembros, partiéndoselos en pedazos para castigarles en su heroica é inútil temeridad. Ya no se volvió á notar accidente ninguno; y el Rey recorrió la línea de los boulevares con los ojos puestos en aquel libro de rezo y la esperanza puesta en su eterna salud.

¡Parece imposible! Aunque nada pudieron conocer, ni siquiera sentir, en su camino, los dos personajes, á quienes interesaba la inverosímil maniobra de aquella imposible salvación, aun esperaban obtenerlas ó lo esperaba, cuando menos, Firmont. Ya estaban cerca de la Calle Real y no podían desasirse de esas ilusiones, que siguen, como un pintado y móvil enjambre de fugaces mariposas, á la esperanza, resplandor nunca extinto en la vida, ni á los trances más adversos y más amargos; como una piedad, al asestarnos sus golpes, mostrada por el dolor y por la muerte, dentro de sus oficios implacables. Firmont había visto la noche anterior á sus entrevistas y á sus coloquios con el Rey dos jóvenes realistas, metidos en la conspiración monárquica, quienes le dijeron lo formidable de la conjura urdida, lo certero del golpe preparado, lo seguro del éxito favorable, del completo logro. Mas hay muchos historiadores empeñados en que al Rey lo mantuvo tan sereno, amén de su temperamento pacientísimo, esta confianza en su salvación por un socorro ya divino, ya humano, que nunca le abandonó en los incidentes de su tragedia. Podía estar sobre las cimas del patíbulo, con la cuchilla del verdugo sobre su cabeza, el tablado bajo sus pies, el verdugo junto á su cuerpo; y había de ver ese ángel de la guar-

da, evocado por su fe viva en Dios y por su esperanza de que no moriría una institución tan perdurable como la Realeza, quien viviera en el tiempo toda una eternidad. La serie de sus responsabilidades abrumadoras; la herencia de sus progenitores despóticos; la carga de sus privilegios innumerables; todo cuanto lo había perdido, y lo mataba en aquella hora suprema, parecíanle á él motivos para sobrenadar en tan tremendo naufragio y para sobrevivir á sus rebelados enemigos. Veía en torno suyo, camino del suplicio, los ángeles de la guarda creados, para su consuelo, por la esperanza; y no veía los genios del mal impeliéndole hacia la guillotina, y arrancándole de los hombros la cabeza y de la cabeza la corona. Heredero de los Césares antiguos, que habían podrido la tierra con sus vicios; de los guerreros francos que llegaban al frágil trono surgido del caos formado por las irrupciones entre incendios y matanzas; de los monarcas gandules que dejaban todo el poder suyo á todas las pasiones encrespadas; de los mayordomos usurpadores; del Imperio carlovingio incapaz para impedir el feudalismo militar, aunque se presentaba santificado por el feudalismo teocrático; de aquellos caudillos que ora formaban el cortejo cortesano á los caballeros feudales, ora se oponían á los caballeros feudales hasta llegar en su oposición al crimen; de los maquiavélicos creadores del principio de la Razón de Estado, en cuyas aras ofrecieran sacrificios tan cruentos como los sacrificios humanos; de aquella legión jurídica, renovadora del antiguo derecho romano, en cuanto tenía de cesarista y anti-humanitario, redorando sus coronas con el oro arrancado á la tiara del Papa; de los monarcas absolutos que se creían exentos de todo respeto á la conciencia y resueltos á concluir con todo cuanto refrenara su voluntad; de los conquistadores é incendiarios; de los que presidieron la noche de San Bartolomé y la liga ultramontana; de los que dieron el Edicto de Nantes y luego lo revocaron persiguiendo con sus dragones á los que no asentían al dogma de la Iglesia, la cual con sus profundos óleos los ungiera dioses; de los que habían llevado sus voluptuosidades hasta convertir en harenes los jardines reales y en sultanas de sus placeres á cuantas jóvenes hermosas encontraran en la vida; de los que mantuvieron la esclavitud, alimentaron la trata, levantando en la horca del señor vencido por ellos la horca del pechero nunca por ellos desmontada; de los que llegaron á suprimir toda intervención en su autoridad omnimoda, componiendo con estos crímenes y errores una tempestad, la cual fué á caer sobre la cabeza del más inocente, quien trajo consigo esta carga de sus responsabilidades junta con la copia de sus privilegios, y por todos pagaba como el cordero inmaculado de las religiones antiguas, pagaba y moría por todo el pueblo, cuando el infeliz no había hecho en su dulzura y en su mansedumbre daño á nadie; pero tales son las implacables leyes de solidaridad establecidas por el atavismo, y reinantes, como sus caracteres fundamentales fisiológicos, á una sobre todas las especies. Luis hacia el cadalso iba recordando los viejos derechos que creía tener sobre aquel pueblo; mas olvidado de cómo estos derechos se habían extendido y dilatado hasta chocar con los de-

rechos humanos escritos por el pensamiento moderno y que debían establecerse y consagrarse, venciendo cuantos obstáculos encontraran en su expansión, y entre los mayores obstáculos se hallaban coronas como la que ceñía Luis XVI; clases como las que á Luis XVI acompañaban, privilegios como los que trajo consigo al nacer Luis XVI; todo lo cual se le había metido con tal profundidad en su cuerpo y en sus carnes por la costumbre, y en su alma y en sus facultades psíquicas por la superstición, que lo creía merecedor de culto intangible, cuando la Providencia, cuya mano encontraba en todo cuanto le servía, y no encontraba en todo cuanto le deservía, condenó sus privilegios á la extirpación y condenó á quien los heredara en el mundo al más horrible castigo. Pero Luis no veía en la revolución sino el lado pésimo y no le era posible comprender hubiera en el mundo derecho alguno, ni natural, ni humano, superior á su divino derecho. Y esta ceguera le llevó por sus pasos contados al suplicio, en cuya cima esperaba, según la virtud atribuida por él á la Monarquía y á la Iglesia, se presentara un ángel para redimirlo de su pena y devolverlo á la Francia.

Luis parecía en su devocionario absorto, y Firmont por sus esperanzas agitado, cuando llegaron al término de la procesión, entrando en aquel sitio, el más ostentoso y amplio de todo París. No brillaba entonces la desembocadura de gente llamada más tarde calle de Rivoli, arteria hermosa y amplia del París moderno, desconocida por el antiguo París. Pero la plaza tenía las dimensiones, siquier no tuviera los ornamentos, que hoy. Al Mediodía estaban los jardines espléndidos y espaciosos adscritos al palacio real de las Tullerías, desarraigado de aquel suelo, como la realeza tradicional que albergara bajo sus desvanecidos artesonados; al Oriente también estaban los maravillosos intercolumnios, acanalados y ceñidos por acanthos corintios, ornando el ministerio de marina y el guardamuebles de la Corona; por el Oeste, sobre la orilla izquierda del Sena, la casa regia de los Condés, tan grandes señores como los Orleanses, llamada palacio Borbón, cual si Condé sólo fuese toda la dinastía reinante; al Norte faltaba el Arco del Triunfo, no erigido aún; pero se veían muchas alamedas, menos pobladas de árboles que las de ahora; y en un foco de la central plaza, donde se alzaba la estatua del Rey Luis XV y hoy se alza la fuente monumental más cercana del río, erguiase la guillotina esperando su regia presa, y extendiendo sobre aquellos sitios una sombra de horror, no disipada todavía. La plaza y sus alrededores aparecían henchidos de gentes; pero al costado del patíbulo se había logrado un gran espacio, del todo desierto y vacío. Tan absorto iba Luis en su lectura, que no advirtió haber llegado á su trance último, sino después que la berlina se detuviera y parara. No obstante haber llegado, ningún gesto ni ademán suyo mostró impaciencia por bajar; antes bien, se detuvo á releer los dos últimos versos del salmo que leía. Concluida esta lectura y cerrado el breviario, se dispuso á bajar. Ya en el suelo, volvióse á su confesor; mirólo de hito en hito; y sin emoción alguna, exclamó: «hemos llegado.» Cualquiera otro sintiera el

vértigo propio de quien se aparta de las riberas del tiempo y se aproxima rápidamente al océano de la Eternidad. Pero, aquí empieza un estado particular del Rey, un estado de resistencias á lo irresistible, de luchas con lo fatal, de forcejeos bajo el pie frío y huesoso de la muerte; todos ellos demostrando cómo le amargaba un gran desengaño y quería diferir el fatal momento para ver si las incidencias prometidas ó aguardadas le ofrecían el asidero de salvación completa con que soñó por tanto tiempo inútilmente. No hay un acto suyo en tal momento que carezca de la significación arriba dada. Se levantan los gendarmes para salir y el Rey les manda con tono imperativo volver á sentarse. Y á sentarse volvieron, dilatando el acto de la ejecución definitiva con tales tardanzas. El verdugo abre la portezuela del coche, y Luis no se mueve de su asiento, y consume largo tiempo recomendando á los gendarmes la persona del confesor. Mas lo recomienda con tales ampulósidades y repeticiones de palabra, que, muy amoscados, responden los gendarmes de manera bastante dura para que no se curase del confesor, pues ya ellos habían decidido tomar bajo su protección á semejante personaje. No podía más tiempo dilatar aquella trágica escena. La muerte, inesperada siempre, iba rápidamente hacia él; y no iba la esperada salvación. Por fin, puso en tierra el pie, y miró con curiosidad á todos lados. Nadie se movía. Pero, si puso en tierra el pie, no anduvo un paso. Lejos de andar, miró inerte hacia el palacio de las Tullerías, donde mil evocaciones de su reinado debió ver, producidas todas por el recuerdo. Reinaba sobre la plaza, merced á la vibración de los fusiles, al traslado de los cañones, al movimiento de la escolta un fragor enorme acompañado de un rumor producido por las muchedumbres; ese indicio seguro de tempestad social. Los tambores metían un ruido de todos los demonios. El Rey, como en los tiempos de su atávico generalato, se dirigió á ellos, y les dijo: «callad.» Ora fuese porque Luis estuviera muy acostumbrado á mandar, ora fuese porque los tambores muy acostumbrados á obedecer, lo cierto es que callaron, pareciendo lá víctima, no un reo cercano al patíbulo, un Rey en la plenitud completa de su poder y de su fuerza. Nunca en las gradas del trono erigido dentro de Versalles y de las Tullerías apareció tan Monarca como en las gradas del patíbulo. Aquí pone la leyenda en sus relatos un hecho que luego ha puesto en duda la historia. Según la leyenda, Santerre corrió, caballero sobre su corcel, hacia los tambores, y les dijo. «tocad.» Tocaron, en efecto, y destruyeron el efecto de la magia real, todavía potente al pie del cadalso. Las historias realistas dan á este paso de la regia pasión mucha importancia, por creer fácil se levantase á una palabra del moribundo la sublevación de aquella piedad que imaginaban escondida en el corazón de las muchedumbres y pronta de suyo á estallar en un tremendo estallido. Mas, el mismo Santerre dice no haber dado la orden de callar á los tambores. Tampoco menciona tal orden testigo de tanta importancia como el confesor, que nunca olvidaba los detalles y minucias de tamaña tragedia. Veamos el relato de Firmont, pues tiene un interés excepcional en este momento: «Llegado, dice, á las

gradas del patíbulo, después de hurtar el cuerpo á mis manos que lo sostenían y dirigiéndose á la banda de tambores, colocada frente á él, impúsole silencio con su imperiosa mirada y su potente voz.» Iba Luis XVI á dirigir al pueblo la palabra, cuando un hombre á caballo, con uniforme de miliciano nacional, cayendo de un salto, espada en mano, sobre los tambores, les hizo con exclamaciones furiosas continuar los redobles.» Hablar de un miliciano y elidir el nombre de un artista ó artífice, tan conocido como Santerre, prueba que no fuera éste quien dió la terrible contraorden, á cuyos súbitos efectos atribuyen los realistas la muerte de Luis XVI. El general Berruger, gobernador militar de París, dió tal orden, según historiadores mejor informados. Y en su apoyo citan estas palabras de tal jefe, refiriendo el acto de la ejecución á sus compañeros, decía: «¿Sabéis que Luis ha querido hablar al pueblo, y ese imbécil de Santerre lo dejaba despacharse á su gusto, como si hubiera perdido la cabeza, y si no mando yo un redoble de tambores para ahogar la voz del tirano, sólo Dios sabe lo que hubiera sucedido?»

Toda cuanta continencia mostrara Luis en los pasos de su pasión, marró á la hora tremenda de este supremo paso. Nada de la majestad sostenida en la notificación, en la capilla, en los coloquios con el ministro, en las confianzas á su confesor, en las expansiones y encargos hechos al buen Clery, en la despedida del Temple, en la carrera por su larga calle de amargura; nada de todo esto; protestas más ó menos violentas, forcejeos más ó menos inútiles, disputas, impropias de la situación aquella, con los esbirros y con los verdugos, tardíos esfuerzos por hurtar el cuerpo á una ejecución, que, si parecía rechazada por su conciencia siempre regia, creyéndose de suyo superior á las leyes, parecía totalmente aceptada por su pacientísima voluntad. Un testigo de vista refiere que desde su calabozo del Temple hasta la llegada de Luis al patíbulo mostraba el Rey rostro tan reluciente como una manzana; y que desde la raíz del patíbulo á la cumbre, aquel rostro tan sanote se puso pálido como un maduro membrillo. A la palabra conformidad y resignación sustituyó la frase luctuosa estoy perdido, cual si de nuevas le cogiese aquella perdición, comenzada desde los comienzos del proceso y á la cual parecía resignado con verdadera conformidad santa, conformidad propia de un incomparable mártir. Tres verdugos le rodean y el Rey se pone á rechazarlos con hercúleas fuerzas, como si no fueran representantes de un poder social vencedor, tan ineluctable y tan irresistible como el destino contra cuyos decretos no hay Hércules que valga. En este forcejeo, Luis logró no le pusieran la mano encima, y se despojó á sí mismo de cuantas vestiduras impedían la ejecución, pero tardando lo posible, como si algo aguardase, y volviendo á todas partes la vista como en busca del esperado salvador y de la imaginada salvación. Así, desata lentamente sus cabellos cual si estuviese ante un tocador; se arranca su corbata con mal gesto y verdadera violencia; se abre la camisa para ofrecer al cuchillo su garganta; y, no satisfecho con las uuchas reconciliaciones alcanzadas por medio de su confesor y con la grande absolución